

de abandonar la herejía. El Sr. de Vallon les dió el ejemplo, y no tardó en entrar en el seno de la Iglesia católica.

Al día siguiente de esta escena gloriosa para la religion, Francisco quiso preparar el sermón para dar principio á las Cuarenta Horas que debian tener lugar dos días despues. Pero Dios, que se complace en humillar á los suyos para santificarlos, permitió que experimentase una impotencia completa para componer nada. «Jamás, decia al canónigo Luis, se ha encontrado mi espíritu tan distraído y estéril; no puedo sacar nada de él. Sin embargo, no tengo ninguna inquietud, porque Dios obrará y hablará por mí, si su Providencia quiere que elija alguna cosa útil para su gloria y bien de las almas, ó bien su bondad me hará amar la abyeccion: si es su beneplácito humillarme, con igualdad de ánimo me ofrezco á él para lo uno y para lo otro.» No obstante, como sabia que la palabra divina debe tratarse siempre con respeto, y que tienta á Dios el que no se prepara lo que puede, se retiró para meditar mejor el asunto sobre el cual debía hablar, y no salió hasta la mañana del 30 de setiembre, para ir con todo el clero, presidido por los Obispos de Ginebra y de San Pablo de *Trois-Chateaux*, á unos cuatro kilómetros de la ciudad á esperar al legado que debía llegar aquel día.

El legado llegó en efecto, y acompañado de esta magnífica comitiva llegó á las puertas de Thonon, donde le esperaba el Duque de Saboya con sus guardias y toda su nobleza. Pasados los cumplimientos de costumbre, se dirigieron primero á la iglesia de San Hipólito para adorar allí al Santísimo Sacramento, y luego al ayuntamiento, donde se le habia preparado un espléndido alojamiento. Apenas descansó algunos instantes, fué el Duque á visitarle acompañado del Obispo de Ginebra, de Francisco de Sales y varios caballeros. El Obispo espuso al Cardenal los progresos que hacia cada día la religion y la piedad en su diócesis; y este, profundamente conmovido con una relacion tan tierna, le abrazó por dos veces, agradeciéndole sus trabajos por la gloria de Dios y la salvacion de las al-

mas, y añadió que haría de ello una fiel relacion al Papa. «Sí, añadió el Duque de Saboya, este digno Obispo es el apóstol de toda la provincia, y yo le secundaré con mi autoridad y con mi misma vida, si es necesario; y presentando enseguida á Francisco de Sales al legado: Monseñor, le dijo, ved aquí al verdadero apóstol del Chablais; es un hombre de Dios que el cielo nos ha enviado; es el primero que se ha atrevido á penetrar solo en este país con peligro de su vida; él quien ha sembrado la divina palabra, arrancado la cizaña y plantado la cruz, y hecho germinar la fe romana en estos países, de donde habia sido desterrada hace mas de sesenta años por los esfuerzos del infierno. He secundado con mi espada tan santa empresa, pero toda la gloria de esta buena obra es debida á este celoso misionero.» A estas palabras todos los asistentes, y sobre todo los herejes, no pudieron contener su sorpresa, porque nunca habian creído que el Duque hiciera de Francisco tan alta estima. Entretanto el santo apóstol estaba fuera de sí, y su modestia sufría un verdadero martirio. Una santa confusion cubria su rostro de rubor, turbándose de tal suerte que no pudo responder, no acertando á otra cosa que á arrodillarse á los piés del Cardenal y besarle, en testimonio de respeto, el extremo de su púrpura. El Legado, levantándole al punto, lo abrazó con efusion y le dijo: «Os doy gracias Señor, por vuestro celo; proseguid siempre esta empresa con el mismo ardor; yo daré cuenta al Soberano Pontífice de todo lo que haceis por la salvacion de las almas.» (1) Estas palabras solo sirvieron para aumentar la confusion de Francisco, concibiendo el Cardenal que lo notó, mayor estimacion de un hombre que á tanto mérito unia tan rara modestia. Los cortesanos quisieron aumentar todavía estas demostraciones de honor; pero para huir de sus elogios, el hombre de Dios se retiró en seguida, yendo á suplicar al P. Querubin predicara por él al día siguiente el sermón que debía dar al principio á

(1) De Cambis, t. I, p. 297. — Carlos Aug., p. 153.

las Cuarenta Horas, «porque, dijo, las alabanzas que acababan de prodigarme me han desconcertado de tal modo y »llenado de confusion hasta tal punto, que no sé cómo he »de poder aparecer el primero ante esta augusta asamblea.»

Mientras pasaban así las cosas, se terminaban en la iglesia de San Agustín los preparativos para las Cuarenta Horas. Allí se reunieron todas las magnificencias que este lugar podia contener: toda la nave estaba colgada de tapicerías de oro, plata y terciopelo morado, elevándose enfrente del púlpito, colocado al lado derecho del Evangelio, un soberbio trono con dosel de paño frisado, bajo el cual el Duque y el Cardenal debían colocarse; á corta distancia de allí una cúpula sembrada de estrellas de oro, cuyo brillo se reflejaba magníficamente á favor de innumerables luces, descansaba sobre un gran número de columnas dóricas pintadas y cubiertas de oro, colocadas en semicírculo, de modo que formaban en el coro una graciosa capilla, del centro de la cual partía una larga serie de gradas, que se elevaban por una progresion suave é insensible hasta el altar, donde se encontraba un tabernáculo precioso adornado con flores, estatuas y piedras preciosas, en medio del cual debía ser espuesto el Santísimo Sacramento (1).

El jueves por la mañana, primer día de octubre, el Duque fué á buscar al Cardenal para acompañarle á la iglesia de San Hipólito, para que recibiera allí la abjuracion de algunos protestantes convertidos. El Legado, despues de haberse revestido para esta ceremonia de sus vestiduras pontificales, se sentó delante del altar mayor, con el rostro vuelto hácia el pueblo; á poca distancia estaba el asiento del Duque de Saboya, despues del cual venían los de todos los prelados, tanto de los que estaban antes en Thonon como de los que acompañaban al Legado; luego los refrendarios, los protonotarios apostólicos, los caballeros de la orden de la *Annonciata* que tenían delante de sí, sentados en un banco particular, los teólogos y otros eclesiásticos

(1) Carlos Aug., p. 173 y 174.

de distincion; y de pié, detrás de ellos, los principales caballeros de la córte del Duque. El resto de la nave estaba llena de una multitud de pueblo, lo mas estrecho y compacto que era posible; porque, aunque la iglesia era espaciosa, no pudo contener sino una pequeña parte de las personas ávidas de contemplar tan bello espectáculo.

Estando todo así dispuesto, el ministro Petit, á la cabeza de los que debían hacer abjuracion, pronunció un discurso que duró cerca de una hora, en el que la belleza del estilo competía con la profundidad de la materia; hizo resaltar los tres caracteres principales que le habían hecho reconocer á la Iglesia romana por la verdadera Iglesia de Jesucristo: su unidad, puesto que todas las naciones que la componen tienen una sola y misma doctrina, un solo y mismo símbolo, sin sombra de variacion; su santidad, puesto que brillantes milagros manifiestan que Dios está con ella; su apostolado, porque desde los apóstoles hasta nosotros la sucesion de los pastores no ha sido interrumpida; y dedujo por conclusion que pedía con instancia ser admitido en su seno: despues de lo cual, habiéndose acercado á ponerse de rodillas á los piés del legado, pronunció el acta de abjuracion y recibió la absolucion de la herejía. El Señor de Foray, gran número de caballeros del Chablais y ciudadanos de Thonon, fueron luego á abjurar el error, y concluida la ceremonia, un solemne *Te Deum* llevó al cielo las acciones de gracias de toda la asamblea.

Despues empezó la Misa solemne, celebrada pontificalmente por el Obispo de Ginebra, y maravillosamente cantada por los músicos de las dos capillas del Legado y del Duque de Saboya: fué seguida de la procesion para llevar el Santísimo Sacramento á la iglesia de San Agustín, donde debían celebrarse las Cuarenta Horas. Nada tan magnífico como esta procesion, en la que la imaginacion parecia haber desplegado todos sus recursos para dar á la ceremonia el interés de lo nuevo y de lo extraordinario. Las calles por donde debía pasar estaban adornadas de ta-

pices, cuadros y flores; la custodia que contenía el Santísimo Sacramento estaba cubierta de piedras y brillantes; detrás del palio, que llevaban por un lado el Duque de Saboya y su hermano, por el otro los dos magistrados de Fribourg, marchaban el Cardenal legado acompañado de los otros prelados, los caballeros y oficiales de la corte, los ciudadanos de Thonon recientemente convertidos, agregados á la cofradía del Santísimo Sacramento, y despues una multitud increíble que había concurrido de las provincias vecinas. La procesion avanzó en este orden hasta llegar á la calle donde vivía el Obispo de San Pablo de *Trois-Châteaux*. Allí se encontraba un altar ricamente adornado, encima del cual se elevaba un arco triunfal de cuatro frentes, con un castillo terminado por una pirámide, coronado por cuatro torres y pertrechado con piezas de artillería. En el momento de pasar el Cardenal bajo el arco triunfal, una nube que se había representado suspendida en el aire se entreabrió, y descendió de ella una paloma blanca, con el pico, pecho y piés dorados, que, bajando primero sobre el Legado, le entregó una felicitacion latina escrita en letras de oro sobre fondo azul (1), y pasando despues al Duque de Saboya, le entregó una felicitacion en francés escrita con la misma magnificencia (2).

(1) La felicitacion dirigida al Legado es esta.

*Major Alexandro, triplices de Marte triumphos
Nunc agis, pacem restituisque tribus.
Palladis optata stringis tres fronte coronas;
Victor et asserta religione reddis.
His tibi pro meritis trinus qui regnat in ævum
Tergemino sacrum cinget honore caput.*

Cuya traduccion es: Alejandro de Médicis, mas grande que Alejandro de Macedonia, alcanzais una triple victoria sobre el dios Marte, sofocando la guerra entre tres grandes príncipes (los reyes de Francia y de España y el Duque de Saboya por el tratado de Vervins); os volveis victorioso, despues de haber adquirido una triple corona formada de los ramos de Palas, y vuelto á la religion su antiguo lustre. Feliz presagio de que la Santísima Trinidad os ceñirá un dia vuestra frente con la triple diadema de la tiara pontificia.

(2) El cumplimiento dirigido al Duque hacia alusion á las victorias que ha-

Apenas desapareció la nube artificial, una galera con tres órdenes de remos, ingeniosamente sostenida en los aires, donde parecia bogar como en plena mar, se aproximó al castillo y lo cañoneó con grande estrépito; el castillo contestó al punto con reiteradas descargas de artillería, que llenaron toda la calle de un espeso humo, causando espanto en varios de los espectadores que no habían visto nunca cosa semejante. La procesion no creyó deber detenerse en medio de este tumulto, y continuó su marcha sin hacer estacion en el altar, como se había propuesto, dirigiéndose sin detenerse á la iglesia de San Agustín. Allí, delante de la portada, estaba representada una montaña cuya cima, á imitacion de la del Etna, arrojaba cohetes y llamas, en tanto que á su pié brotaba una fuente de agua pura y límpida; símbolo de la Iglesia, que arroja continuas llamas de amor hácia el cielo, y al mismo tiempo hace correr sobre la tierra las aguas vivas de la verdadera doctrina (1).

El interior del templo resplandecía con millares de luces, y resonaba con una música deliciosa. Cuando entró la procesion y el Santísimo Sacramento fué colocado en el altar de la magnífica capilla levantada en el coro, el Legado y el Duque, con toda su noble comitiva, ocuparon sus asientos para oír el sermón del P. Querubin. El orador había escogido por testo las palabras del salmo CV: *¿Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus? ¿Quién contará los efectos del poder del Señor, y anunciará dignamente sus alabanzas?* Pasando de aquí á la tesis de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, la de-

bia conseguido sobre la herejía en el Chablais, y se componia de estos cuatro versos.

Príncipe escelso y grande, cuyo valor y celo,
Dicha inmensa merece, cual lo es su corazón,
El cielo, que os bendice bajo mi impulso y vuelo,
Mas os da en plena paz, que venciendo en acción.

(1) Carlos Aug., p. 175 y 176.

mostró con tanta fuerza como elocuencia. El Cardenal quedó muy complacido de este discurso, pero sin embargo hubiese querido oír mejor al apóstol del Chablais, como lo esperaba, espresando al salir de la Iglesia al Obispo de Ginebra su sentimiento. Este le respondió que el hombre de Dios, por modestia, había deferido el honor de hablar primero al predicador capuchino, pero que no tardaría en dejarse oír. En efecto, el santo apóstol predicó, no solo una vez, sino mas de diez veces durante las Cuarenta Horas, tomando ordinariamente por testo uno de estos tres pasajes: *Haced esto en memoria mia* (1); *las palabras que os he dicho son espíritu y vida; el espíritu es el que vivifica, y la carne no sirve de nada* (2), con el fin de explicar su verdadero sentido y de prevenir las objeciones que de ellas sacan los herejes apartándolas de su sentido natural.

Una vez espuesto el Santísimo Sacramento, las procesiones se sucedieron regularmente, llegando á la ciudad á la hora que les habia sido fijada, y saliendo igualmente; de tal suerte, que la afluencia del pueblo en Thonon no ocasionó ni desorden ni confusion. Cualquiera que fuese el camino por el cual llegasen, pasaban todos por la plaza de la Halle y el ayuntamiento, primero para reverenciar una cruz de piedra, pintada de azul con vetas de oro, que se habia erigido allí recientemente, con un Crucifijo de bronce dorado colocado en un pequeño hueco entallado en la cruz; en segundo lugar, para recordar á los fieles los cuatro versos de la cruz de Annemasse, que se habian grabado con letras de oro en una tabla colocada en la base; por fin, para recrear los ojos y la piedad del Legado, al que conmovía el espectáculo de aquella fervorosa multitud, en un lugar que por tanto tiempo habia sido el teatro de la herejía; y despues que habian dado así la vuelta á la ciudad, se dirigian á la iglesia de San Agustin, donde recibian una instruccion del santo apóstol ó de sus celosos

(1) Luc., c. XXII, p. 19.

(2) Joan., c. VI, p. 64.

cooperadores, y de allí pasaban á la adoracion del Santísimo Sacramento.

Sobre las dos de la tarde el Legado, acompañado del Duque de Saboya, volvió á la iglesia de San Hipólito para recibir allí la abjuracion de varios herejes que solicitaban la gracia de volver al aprisco. Empezó por diversas parroquias reunidas á este efecto; y en medio de esta multitud distinguió enternecido á un buen anciano, que se habia hecho llevar á Thonon para recibir la absolucion de la herejía. Educado hasta los veinte años en la Iglesia católica, no la habia abandonado, por decirlo así, sino por fuerza, y no habia cesado, desde la desgracia de su desercion, de suspirar por el restablecimiento de la verdadera fe, por abrazarla de nuevo. Llegado á la iglesia donde iban á realizarse sus votos, no pudo contener su gozo; atraviesa la multitud con un ardor que atrajo todas las miradas, se precipita á los piés del Legado, abjura en alta voz la herejía, y despues de haber sido absuelto esclama, feliz como el santo viejo Simeon, que moria contento en adelante, porque habia visto lo que deseaba ver hacia largo tiempo.

A esta primera ceremonia se sucedió otra en que quinientas ó seiscientas personas abjuraron; luego una tercera; y así se continuó incesantemente, de suerte que fué necesario hubiese continuamente alguno ocupado en recibir las abjuraciones (1). El Legado recibió gran número de ellas, y cuando la fatiga le obligó á retirarse, rogó al Obispo de Ginebra y al santo apóstol le reemplazasen en esta funcion.

El segundo dia de las Cuarenta Horas el Duque de Saboya, dando ejemplo á todos sus súbditos, fué á la iglesia de San Hipólito, revestido con el gran collar y el manto de la orden de la *Annonciata*, que no se lleva sino en las grandes ceremonias; oyó la Misa del P. Querubin, y se presentó á la Comunión con D. Amadeo de Saboya, su hermano, el Marqués de Lullin y muchos caballeros de su

(1) Carta XLIX, p. 100.

corte, á los que el santo apóstol habia confesado durante una gran parte de la noche. Ante este espectáculo el Padre Querubin, profundamente conmovido, no pudo contener los sentimientos de que estaba penetrada su alma, y teniendo la sagrada hostia en sus manos, prorumpió en un patético discurso que arrancó lágrimas á todos los asistentes. Acabada la Misa, el Duque fué con su comitiva á la iglesia de San Agustin, para adorar el Santísimo Sacramento que estaba allí espuesto. Cerca de las dos de la tarde serian, cuando volvió á orar en el oratorio de las Cuarenta Horas, donde oyó un sermón del P. Galesius, que tomando por asunto estas palabras del Salmista: *Latatus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus; Me he alegrado de lo que me han dicho, entraremos en la casa del Señor*, demostró con notable elocuencia que la Iglesia romana es la verdadera casa del Señor, porque ella sola tiene los caractéres de la verdadera Iglesia. Por la tarde, para coronar un día tan santamente pasado, el Príncipe quiso asistir á la última ceremonia. Habia en otro tiempo en la calle llamada de la Cruz, una hermosa cruz que la herejía habia arrancado. Habiendo Francisco de Sales mandado hacer otra para reemplazarla, quiso dar á su inauguracion toda la solemnidad posible. En primer lugar, para que su traslacion proporcionara ocasion á una magnífica procesion, la habia hecho depositar en la iglesia de San Hipólito, á donde los cofrades del Santísimo Sacramento, vestidos de blanco, fueron á buscarla, llevándola procesionalmente, en medio de un gran concurso de pueblo, al lugar donde debia ser colocada: allí, en presencia del Duque, de los Obispos y de más de cuatro mil personas, en medio de los cánticos de alegría con que aquella piadosa multitud, dirigida por los músicos, hacia resonar el aire, al ruido de las trompetas, de los tambores y descargas de mosquetería, fué colocada en su pedestal y afirmada en tierra, sin mas instrumento que las manos, á pesar de lo alta y pesada que era; y esto con tanta facilidad y prontitud, que pareció cosa prodigiosa á los asistentes.

Apenas terminada la operacion, el Duque, que habia contribuido á ella con sus reales manos, fué á ponerse de rodillas delante de este signo sagrado de la salvacion, permaneció así algun tiempo en oracion, la veneró profundamente y la besó con respeto. Todos los cofrades del Santísimo Sacramento hicieron lo mismo, así como los Obispos y señores de la corte (1); y despues de un solemne *Te Deum*, cantado en accion de gracias por el cuerpo de los músicos acompañado del pueblo, Francisco dirigió la procesion á la iglesia de San Agustin para adorar allí al Santísimo Sacramento.

El Duque, en vez de colocarse bajo el dosel que se le habia preparado, fué á ponerse de rodillas en uno de los sitiales, para hacer allí su oracion con mas recogimiento, y asistió en seguida al sermón del P. Querubin sobre el honor debido á la cruz y al Santísimo Sacramento, estos dos misterios de amor tan estrechamente ligados el uno con el otro. Su piedad se edificó al oír al elocuente predicador probar con los monumentos de la historia, cuán antigua era la costumbre de plantar las cruces, y cómo, sobre todo, el celo por la exaltacion de la cruz era hereditario en la noble casa de los Duques de Saboya, que por su valor heroico contra los infieles, habian merecido llevar la cruz blanca en sus armas. El piadoso príncipe no se contentó con eso, sino quiso asistir á las oraciones de los hermanos del Santísimo Sacramento, y permanecer en la iglesia hasta las dos de la madrugada, hora en que debian terminar las Cuarenta Horas. Francisco de Sales tuvo el último sermón; é inmediatamente despues el Obispo de Ginebra, bajo el palio que llevaba el Duque de Saboya con un magistrado de Fribourg, y los señores de Vatteville y de Grand-Cour, condujo el Santísimo Sacramento desde el oratorio á la iglesia de San Agustin, en medio de una magnífica iluminacion, que comunicaba á los lugares por donde pasaba la procesion, la claridad del mas hermoso día.

(1) Carlos Aug., p. 177 y 178.

Así que Francisco se vió libre de los grandes trabajos de las Cuarenta Horas, empezó en Ripailles y en Tilly, dos lugares vecinos á Thonon, la distribucion de las limosnas de que el Duque de Saboya le habia encargado por su decreto de 24 de setiembre. Habia en la primera de estas villas un priorato y en la segunda una abadía, sobre los cuales los Duques de Saboya tenian derecho á percibir una limosna anual, para hacerla distribuir por ellos como lo juzgaran conveniente. El santo apóstol, encargado de esta mision, distribuyó hasta agotar la suma fijada, primero cada dia nueve panes de dos kilogramos á los pobres del lugar, con una limosna para todos los estrangeros que pasaban por allí; luego cada semana treinta panes á las aldeas situadas del otro lado del Drance, y veinte á los pobres de Thonon y los lugares vecinos; entre todo, cerca de doscientos cincuenta kilogramos por semana: y como varias personas, impedidas por las enfermedades ó por la ancianidad, no podian recibir su parte de limosna pública, obtuvo de los dos monasterios cinco fanegas de trigo, que fué á distribuir las en persona. Nada mas tierno ni mas edificante que el modo con que desempeñaba este ministerio. Estaba en medio de los pobres como una tierna madre en medio de sus hijos; la benignidad de su corazon que se manifestaba en su rostro, la dulzura de sus palabras, la afabilidad de sus maneras que demostraban su vivo afecto, alegraba el corazon de los pobres, y doblaba á sus ojos el precio de la limosna; pero como los amaba en Dios, no se contentaba con aliviar su miseria temporal, sino que se aprovechaba de esta ocasion para dirigirles palabras de salvacion, enseñándoles á santificarse en su estado y profesion, y prometiéndoles en recompensa de las privaciones de esta vida, una felicidad eterna, riquezas imperecederas, alegría sin fin; luego les hacia recitar de rodillas el Símbolo de los apóstoles, los Mandamientos de Dios, una oracion por la exaltacion de la fé, y otra por la conservacion del Duque de Saboya y la prosperidad de su reino.

Este religioso príncipe habia quedado en Thonon des-

pues de las Cuarenta Horas, y habia hecho todos los honores posibles al legado á su partida para Italia. Sabiendo que ochenta personas del marquesado de Lullin, que venian á abjurar la herejía, habian sido detenidas en el camino por los herejes, que se oponian á la ejecucion de su buen designio, envió al punto al Marqués de Lullin con el P. Querubin para llevarlos á Thonon. Bajo la direccion de tan buenos guias, los recién convertidos llegaron felizmente, y despues de una fervorosa exhortacion del P. Querubin hicieron su abjuracion en manos del Obispo de Ginebra, en presencia del Duque de Saboya, y se volvieron luego procesionalmente, llevando á su cabeza al Marqués de Lullin, que quiso manifestarles así la alegría que les causaba su conversion.

El Príncipe, al volver de esta ceremonia, acababa de entrar en su palacio, cuando los enviados de Berna se presentaron para pedirle concediera al calvinismo en todo el Chablais, la misma libertad de ejercicio que al catolicismo, y por consiguiente tolerase al menos tres ministros en el país. «Cuando os apoderásteis de esta provincia, les contestó, obligásteis á los pueblos á abrazar vuestras nuevas opiniones: ahora que la he recobrado por la justicia de las armas, y que casi la totalidad de mis súbditos manifiestan el deseo de que se restablezca la antigua y verdadera religion en el estado en que estaba antes, no debeis estrañar que yo, que soy su legítimo soberano, me atribuya el derecho de arreglar los negocios de la religion segun sus deseos, si así me parece.» Los enviados no encontraron nada que replicar á esto, y se retiraron (1).

Entretanto, á pesar del lenguaje tan noble y firme que acababa de emplear, el Príncipe no dejaba de estar inquieto. La diferencia no habia cesado aún entre las coronas de Francia y Saboya, con motivo de la posesion del marquesado de Saluces, y podia volver á estallar la guerra entre los dos estados, siendo de temer, si esto ocurria, que dis-

(1) De Cambis, t. 1, p. 299.—Carlos Aug., p. 179.